

“A 4 años luz todavía te amo”

Julián Thomas Sierra

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Artes

Directores:

Ricardo Benjamín Toledo

Enrico Diego Mandirola

Programa:

Artes Visuales

2020

A 4 años luz todavía te amo

Julián Thomas Sierra



Como un idiota que busca respuestas sin preguntarse antes, me siento horas frente a la pantalla del computador, no muevo ni un solo músculo del cuerpo, ni siquiera uno de la cara, ni siquiera un párpado.

Y entonces pienso en ti. Busco mis videos favoritos de Youtube y los pongo todos en una carpeta, y te los envío por correo.

Bandeja de entrada, ciento y pico de mensajes sin leer, los leo uno por uno.

Publicidad.

Apueste y igánelo todo!

Consiga fácil su propia máquina del tiempo.

Compre amor suficiente para el resto de su vida.

No se caiga nunca.

Olvídese de todo, ¡aquí!

Más mensajes.

Todos me aburren, me aburren muchísimo.

Abro el último, también lo leo:

Vivo en un universo en donde una fruta no se diferencia mucho a una botella de plástico, en donde unas gafas de natación tienen todo que ver con un dinosaurio, en donde de una planta me puedo alimentar y al mismo tiempo hacer un suéter o una mesa para jugar ping-pong, un universo en donde un rayo puede iluminar toda una ciudad y al mismo tiempo asesinarme. Vivo en un universo en donde necesito de otros para poder existir, en donde nos devoramos mutuamente, un lugar en donde no terminamos de entendernos. Un universo en donde mamuts y megaterios hacen parte de mi vida, en donde gracias a una planta puedo respirar, en donde la primera persona que hizo una rueda está presente el momento en el que se hace la última nave espacial y también el momento cuando cae hecha pedazos junto al mar, un lugar en donde duermo junto a mis perros pero no sé lo que

sueñan, en donde cientos de personas caminan a mi lado sin saber mi nombre, en donde un día una de ellas me dirige la palabra y entonces yo le digo, vivo en un universo en donde estoy contigo, en donde juego con mi perro, un lugar en donde pareciera todo se uniera con pegamento y se mezclara como harina con papel, en donde mis antepasados hacen parte del presente como muertos vivientes, en donde yo seré un muerto viviente cuando ya me haya rendido y no me quiera parar. Vivo en un universo en donde existe guerra y al mismo tiempo puedo abrazar a mi mamá, en donde a un skater no le importa romperse 50 huesos pero no puede seguir con su vida cuando muere su mejor amigo, un lugar en donde cantamos sobre siglos de cadáveres, en donde veo en videos de rap Lamborghinis con los colores de Rothko viajando a doscientos treinta kilómetros por hora bajo los más hermosos atardeceres, buscando alguna roca con la cual estrellarse y que parezca un accidente, un universo en donde alguna vez creímos que haríamos cosas importantes pero nunca lo logramos, un lugar en donde no podemos revertir una catástrofe pero podemos llorar y volver a intentarlo, en donde la luz tarda 1.2 segundos en llegar a la luna, unos 8 minutos en llegar al sol y 4 o 5 horas a Neptuno y a Plutón, un universo en donde alguna vez existió algo perfecto pero ahora parece desaparece si es tocado por la luz del sol, en donde amantes ingenuos lloran sin parar sobre sótanos de Hollywood que hacen realidad los más tristes sueños, en donde al morir una mega estrella, se crea una curvatura tan grande que en su lugar ahora hay un agujero negro, en donde podemos ver patinaje artístico ocho horas sin parar y el mar arrastra huesos con basura, un lugar en donde morimos sin dejar de amarnos. Vivo en un universo en donde a 4 años luz todavía te amo, y es el lugar de nuestros sueños rotos.

Tomo todos los mensajes y los dejo en spam.

Y sigo pensando en ti.

En que todo lo que te quiero decir probablemente alguien ya lo dijo.

En esa canción que dice: de seiscientos sesenta y seis maneras te amo, y espero que sientas lo mismo.

Soy para ti.

Me estoy matando por tu amor y de nuevo todo está perdido.<sup>1</sup>

La canción se repite en mi cabeza con esa inevitable voz que me acuchilla por las noches, que me arrastra como caballos que buscan desesperadamente amor, aunque les cueste la vida.

De repente entra mi madre a mi habitación.

Le digo que estoy enamorado.

Y entonces ella me dice que a mi edad, todavía no se había enamorado, que le había pasado después.

Me dice que algunas cosas pasan antes y otras después pero que lo importante siempre queda, que aunque no se pueda ver, queda en algún lugar, repitiéndose.

Pienso mucho en el pasado, es algo que me angustia. Lo relaciono con la muerte. No sólo mi muerte, la de los otros también y me hace pensar en todo lo que puedo perder. Es extraño, muchas veces se piensa al pasado como algo que ya no existe, se ve al futuro como algo que nunca llega y el presente como algo que no dura. Al final, están todos estrechamente relacionados, ninguno existe sin el otro, de cierta forma son uno solo. Imagino a los primeros homínidos, cazando animales, corriendo a través de oscuras, frías y largas cavernas, pienso en el primero que usó una roca o el hueso de algún animal como herramienta y de ahí en adelante en todo lo que se heredará, de ahí en adelante aparecerán martillos, ruedas, armas, papel, libros, coches, lápices, ropa, vasos, televisores, tiendas, películas, teléfonos inteligentes, computadores, el plástico, radios, robots y naves espaciales. Pienso en todo lo que tuvo que pasar para que este homínido existiera, imagino la primera célula procariota, la primera célula eucariota, los dinosaurios y su extinción.

Imagino todo lo que tuvo que pasar para que nos conociéramos, los amores que nunca sucedieron y los que fueron posibles.

Podría empezar contándote que soy humano y vivo en el planeta Tierra, el tercer planeta más cercano al Sol en el sistema solar. Vivo junto a otros innumerables organismos y entidades con los que estoy estrechamente relacionado, sin los que no podría existir, en donde por momentos colisionamos. Y mientras nos devoramos los unos a los otros, algunas veces, sólo algunas veces, aparece algo llamado amor. Un amor fatídico y contradictorio, un amor que no pide disculpas. Un amor en donde al mismo tiempo somos esclavos y esclavistas.

Un amor en donde todo es posible.

Y pareciera, penosamente, por momentos, que lo que más amas fuera en realidad, lo que más odias.

Una gran catástrofe llamada amor.<sup>2</sup>

Esta relación empezó hace mucho. Antes de que existieran las lágrimas, los corazones rotos o los amores posibles. Antes de que los sueños más valiosos se perdieran bajo el



melancólico peso de un mar. Y mientras me acerco cada vez más a una civilización derrotada por el tiempo, llena de amantes ingenuos que alguna vez pensaron que podían llegar a ser todo lo que alguna vez soñaron, dejando atrás solo el eco de un triste canto, un poco de cenizas producto de este fracasado amor. Mientras me acerco a esto, estoy al mismo tiempo relacionado con otros, que ya murieron, mutaron y que ya hacían parte de esta relación desde mucho antes de que yo naciera. Esta, es una relación que ha sido heredada y ha ido evolucionando día tras día, año tras año, sin pausa alguna, mezclando entidades entre sí como las partes de un monstruo de Frankenstein, un monstruo adolescente, ingenuo y enamorado, capaz de morir con tal de ver la luz de un rayo directamente con sus ojos. Es una relación que vivo constantemente con otros, con mis antepasados y mis herederos, tratando de entendernos mutuamente, fallando tristemente en el intento.

Podría continuar contándote que siempre me gustó ver las plantas crecer. Es mágico, es como estar en un sueño. Ver cómo de las mismas semillas, granos, verduras, tubérculos y frutas de las que me alimentaba podían crecer complejos seres vivos que generarían más de sí mismos. Observaba cómo se podían usar tutores para ayudar a estas plantas a crecer. Un tutor es un palo de madera o una rama seca. Un pedazo de lo que alguna vez fue una planta. Este palo o rama delgada se clava en el suelo junto a ella, dándole cierto soporte. Es como si su predecesor le estuviera sirviendo de apoyo. Es como estar viendo a un muerto viviente.

Mi abuela siempre ha arreglado el jardín y desde que tenía siete años y me mudé a una casa cerca de ella, cada vez que me tomo un segundo para ver por la ventana y dejo de pensar en monstruos de Frankenstein y muertos vivientes, la veo sembrar diferentes plantas. Zanahoria, frijoles, lechuga, moras, uchuva, aguacate, orégano, feijoa, arveja, tomate, durazno, cebolla, en fin, plantas que usamos de alimento los que vivimos allí.

Ella también cuida todas las flores del jardín, flores que se marchitan cinco mil millones de nanosegundos después de haber brotado, bajo los mismos rayos de sol que las vieron nacer. Y se van así, sin decir más, como anhelos acumulados que se consumen entre sí.

Y podría seguir. Contándote cómo imagino el inicio de la agricultura mientras remojo los frijoles para el almuerzo del día siguiente. Tomo uno de los frijoles y lo entierro en el jardín bajo un cielo nublado mientras mi hermana me cuenta de la última vez que lloró desconsoladamente por la muerte de su gata Tobita y me dice que fue enterrada en el mismo jardín en el que estoy plantando el frijol, en la misma tierra húmeda y oscura de la que Tobita ahora hace parte. Pienso en el encuentro que se genera entre innumerables organismos en ese momento, entre los que se encuentran, Tobita y el frijol. El suelo, la tierra, contiene seres que alguna vez pisaron la superficie cuando yo solo existía en los sueños de los megaterios que oían el canto de un ave desdichada porque no se pudo aparear, suelo del que ahora hacen parte, al igual que Tobita, suelo del que muy pronto haremos parte con mi hermana, mezclados con otros, en donde cada uno seremos solamente una partícula de polvo. Así, seguiremos haciendo parte de este mundo desde las profundidades, observando desde ahí, nuevos seres sobre nosotros.

Y nos emocionamos al pasar cada mañana y ver el frijol crecer poco a poco con la ayuda de su tutor, y tenemos conversaciones sin sentido de cómo la agricultura cambió la vida de muchos humanos, animales, plantas, insectos y microorganismos. Ninguno pudo vivir de la misma manera después de eso. Alguna vez me dijiste, que una vez nos encontramos no podemos volver a ser los mismos.<sup>3</sup>

Recuerdo cuando creía que lo orgánico y lo sintético eran opuestos. Ahora imagino que no lo son. Lo sintético es una síntesis, una mezcla, una combinación de elementos y procesos que constituyen a otros un poco diferentes. A veces sueño que el plástico es producido a partir del petróleo que aparece debido a la descomposición de plantas y organismos prehistóricos e imagino que al tener un objeto de plástico cerca, me estoy relacionando con los restos de un ser tan antiguo como un dinosaurio. Sueño con el homínido que usó tecnología para modificar una piedra y hacer la primera rueda. Sueño que este homínido estaba convencido de que su rueda iba a ser parte de la creación de un computador lleno de palabras imposibles de entender o de una nave espacial capaz de volar más allá de las estrellas, hasta el punto en que la gravedad no la obligaría a suicidarse en el lugar donde despegó, como los sueños que se nos olvidan cuando despertamos. Sueño que sabía, que él

ya estaría muerto cuando esto sucediera. A veces miro en la oscuridad la estrella más brillante en el cielo, la que sobresale de todas las demás y pienso que esa estrella ya está muerta.

Y vuelvo a mirar al cielo, y pienso, en todo lo que esa estrella vio hace 14 millones de años. Tal vez, en algún momento se fijó en dos mamuts adolescentes, angustiados y melancólicos, para ella minúsculos, enfrentándose a muerte, chocando sus largos y curvos colmillos violentamente, embistiéndose con tanta fuerza, que esos filudos huesos blancos, brillantes como la porcelana, capaces de perforar el viento, se entrelazaron de tal manera que la fuerza con la que se dirigían el uno al otro, ahora la usan para intentar separarse, todos sus intentos vacíos y fracasados confirman la angustia y las dudas que tenían antes de embestirse, la angustia de no poder cumplir sus grandes sueños en un futuro incierto. Derrotados por esos colmillos que les habían dado el valor de buscarlo todo sin pensar en las consecuencias, ahora los deja juntos para siempre. Cansados, al no entenderse, empiezan a creer que morirán justo ahí, en el suelo donde están echados, y lloran porque saben que es lo único que pueden hacer, antes de volverlo a intentar, lloran mientras miran al cielo a esa estrella. En ese momento la estrella y los mamuts se miran fijamente y la estrella se siente como se sintió hace 8 millones de años atrás, como una adolescente que lo único que quería en el mundo era enamorarse. Y aparta rápidamente la mirada de esos ojos lluviosos por vergüenza. Y mueren los mamuts, pensando que se habrían podido entender mejor. Y la estrella llora sabiendo que murieron un mes antes de conocer el amor de su vida.

Tal vez, esa estrella se fijó en todos los amantes que duermen derrotados después de llorar por un amor fallido, mientras sueñan que el fin del amor, es el fin del mundo.<sup>4</sup>

Tal vez, esa estrella se fijó en una chica que intenta ganar con todas sus fuerzas un partido de tenis de mesa sin importancia en el garaje de su casa, para impresionar al chico que le gusta, partido que va perdiendo por 2 puntos, porque no sabe responder los golpes con efecto. Esos, en los que la pelota pareciera se tele-transportara, desapareciera por un

segundo para luego volver como los protones que intentan emular el Big Bang en el gran colisionador de hadrones, viajando por poco a la velocidad de la luz.

Tal vez, esa misma estrella se fijó en la primera vez que un humano se encontró con un lobo.

Pienso que esa estrella tal vez, nunca se fijó en mí, ni en los aviones que pasan lentamente sobre mi cabeza chocando con las nubes, mientras sueño que nado junto a un calamar, un calamar que deja entrar a una bacteria bioluminiscente en uno de sus órganos y a cambio esta bacteria lo hace brillar en la oscuridad de la noche. Brilla como si su piel se convirtiera en estrellas y se camufla nadando sobre sus depredadores haciéndoles creer que en realidad lo que están viendo es el cielo.

Y entonces, suena mi teléfono, número desconocido, contesto y una voz me dice, es amor ¿no es así? Está empezando otra vez.

Cuelgan.

No recuerdo haber despertado.

Me quedo viendo la pantalla del celular que parece una telaraña, sí, por las caídas, esas en las que piensas que si fueras tú, no sobrevivirías. Detrás, una foto del skater Bam Margera cuando era adolescente, flotando, acariciando el tiempo, en ese punto en el que no sabes si logrará un truco perfecto o caerá y se romperá seis huesos, pero por su rostro te inclinas a que logrará el truco, no hay ninguna duda, en su cara se ve que caer ni siquiera es una posibilidad.

Guardo el teléfono y me pongo a lavar la loza y pienso, en cómo estamos enredados, y de cómo no hay forma de des-enredarnos, y en que si lo intentáramos nos enredaríamos aún más; y en skaters, en como sueñas ser como ellos, sin miedo a estrellarte contra una pared, en cómo no se te pasa por la cabeza caer, pero si caes lloras y lo vuelves a intentar, como Bam, y piensas en polillas, en arriesgarlo todo por alguien, por ese momento, en no tener miedo, pero solo la idea de romperte un hueso te aterriza, y sigues lavando la loza, y dejas el mismo plato que usas todos días a la misma hora en el mismo lugar junto al mismo pocillo

que usas todos los días, a la misma hora y lavaste segundos antes, el blanco, el manchado que odias, el que una vez se te cayó y no se rompió y lo dejas todo en el mismo lugar, junto al mismo cuchillo y el mismo tenedor de siempre y tratas de pensar en qué trabajo te gustaría tener, en quién sería capaz de pagarte, en que ni siquiera te tiene que gustar del todo, solo no tiene que ser tan aburrido y la verdad es que no se te ocurre ninguno, y entonces pienso en ti.

En que solo espero que me creas, que alguna vez en mis sueños fui un skater que no le tenía miedo a caer y que lloraba, lo volvía a intentar y flotaba algunos segundos que duraban para siempre, que después no recordaba nada más, solo lo importante, lo demás se me olvidaba.

Te recordaba.

¿Qué habría pasado si Frankenstein se hubiera enamorado?

¿No es el científico el mismo monstruo?

Quiero saber, ¿por qué un niño de repente se vuelve alérgico y asmático?

Dime.

Porque si no sé, no puedo parar de llorar.

Porque no puedo parar de llorar, cuando pienso en lo que decías mientras la noche nos alcanzaba y reíamos sin parar.

Porque al fondo, nos acompañaban poetas tatuados, que cantaban sobre amor y corazones vacíos.

La luz muriendo.

Te llamo para cantarte mi canción favorita, pero no me contestas, estás durmiendo.

Yo, sentado en silencio escucho cómo me llaman por la ventana que nunca abro, animales llorando.

Y me pregunto ¿por qué las lágrimas son tan tristes? Si son re lindas.

Dime ¿por qué? Si el día anterior no tenía asma o alergias.

Tú me dirías.

De pronto.

Porque los huesos quedan donde alguna vez hubo caricias.

Dime.

Yo por mi parte te quiero decir, porque pasan las cosas que nunca he visto. ¿Por qué se pasa en dos días del otoño al invierno?

Porque la gravedad me arrastra y no hay nada que pueda hacer, como un niño que llora frente a su perro muerto.

En un lugar frío, abandonado, en donde alguna vez adolescentes hicieron el amor.

Porque alguien, un día pintó en cavernas lo que más amaba.

Y mientras tanto tú, tú no me contestas y sueñas con un niño que al morir su perro, se vuelve alérgico y asmático.

Duermes mientras te pierdes de los toros que se suicidan frente a ti.

Ves a las mariposas y abejas temblando frente al cambio climático.

Me ves llorando.

Espero volverte a besar para que olvidemos otra vez la presión de los días.

¿Cuánto tiempo te falta?

Necesito saber.

Mi mamá ya me está llamando para que baje a comer.

Aún falta mucho para mañana.

Pienso mucho en el presente, es algo que me angustia. Lo relaciono con la muerte. No sólo mi muerte, la de los otros también y me hace pensar en todo lo que puedo perder, desde que soy muy pequeño como una semilla he vivido junto a perros. Mis papás son veterinarios. Actualmente se dedican más que nada a la fisioterapia, sobre todo en las denominadas pequeñas especies, entre las que se encuentran los gatos y los perros. La primera perra que conocí se llamaba Niki, una french poodle, era de esos perros con pelo blanco desordenado, sus rizos fácilmente se ensuciaban, empezaban blancos como dicen en realidad es el Sol y a medida que se extendían se tornaban más y más cafés ¿sabes? como en las pinturas de Rothko, ese tipo de transición. Cuando corría, su pelo se iba hacia atrás como si no pudiera seguirle el paso, corría tan rápido que parecía una bola de fuego blanca con chispas cafés saliendo de ella, como esos carros de carreras que accidentalmente se prenden en fuego y no quieren parar porque creen que aún pueden ganar la carrera. Dicen, que los antepasados de Niki se encargaban de buscar los cadáveres de aves que caían al agua.

Sueño con todos esos perros que miraban las nubes esperando pacientemente a que unas alas dejaran de funcionar, a que cayeran aquellos pájaros disparados a las profundidades de las que creían estar tan lejos, para luego correr hacia ellos a toda velocidad mojando sus patas, metiendo su cabeza entre el agua congelada, buscando esas alas ahora inmóviles que solo se alcanzan a ver por los débiles rayos de luz que alcanzan a entrar en el agua, tomándolos con sus dientes filudos suavemente para no hacerles daño. Sueño con esos pájaros que volaban mientras veían el horizonte infinito junto a una valla publicitaria, intentando llegar al otro lado del mundo mientras una bala les atravesaba el corazón y caían sin perder de vista aquel horizonte, sin saber que tras de ellos ya venían algunos perros parecidos a Niki buscándolos como bolas de fuego. Niki nunca fue una perra cazadora de agua pero sí que corría rápido, tal vez igual de rápido a esos perros que imagino como sus antepasados, tal vez más rápido, a Niki le faltaba un ojo. Mi papá la amaba y ella amaba a mi papá.

De las fotos más antiguas que conservan mis padres hay una en la que me puedo ver como un bebé no mayor de un año, ahí aparecía Niki junto a mí. Creo que fue el primer animal



con el que tuve un contacto directo. Mi papá le puso el nombre de Niki por Nikita, la detective de la serie de televisión canadiense.<sup>5</sup> Recuerdo que a veces se orinaba dentro de la casa, debajo de la mesa del comedor, en ningún otro lugar. Mi papá sabía que ella le tenía mucho miedo a los globos de aire por el sonido que hacían al reventarse, así que cuando se entraba a la sala de la casa se podía ver debajo de la mesa del comedor muchas bombas de color azul claro con blanco, sí, como las pinturas de Rothko. Niki una vez corrió tan rápido que nunca la volvimos a ver.

Luego cuando me mudé cerca de mi abuela, conocí a su perro Kitchu, era un perro con ojos amarillos con negro que combinaban perfectamente con su pelaje amarillo oscuro, un perro grande con cola corta. Conocí a Kitchu ya siendo adulto, a él le habían enseñado que no debía entrar en las habitaciones humanas. Era un perro criado para vivir afuera y cuidar la casa, pero cuando yo llegué me apegué mucho a él y quería que permaneciera mucho tiempo conmigo. Así que poco a poco fui convenciéndolo que podía entrar a mi cuarto. Puse un tapete y día tras día lo convencía de entrar, hasta que fue perdiendo el miedo y dormía en el tapete junto a mi cama. Nunca lo llegué a convencer de que se subiera a la cama, en mi mente era más grande que yo, más grande que la cama en la que quería que se subiera, más grande que cualquier perro que había conocido, soñaba junto al perro más grande del mundo.

Cuando alguien se acercaba a pocos metros de la entrada de la casa, Kitchu no se demoraba en salir y ladrar bajo las infinitas gotas de lluvia que golpeaban y enfriaban su pelaje amarillo, esos ladridos llegaban hasta el último rincón de la casa, donde se acumula el polvo. Con cada ladrido se jugaba la vida, sus ladridos eran más fuertes que el de cualquier chacal, dingo, lobo, coyote o zorro salvaje, era un verdadero ladrido de perro. Su ladrido generaba ondas capaces de viajar a través del aire, cortando nubes hasta el borde de la atmósfera, ese era su límite. Cuando Kitchu estaba a mi lado sentía que no podía perder, juntos nos sentíamos invencibles. Incluso cuando envejeció y no era tan fuerte como antes, sus ladridos seguían como si nada, sé, que aún llegaban hasta el borde de la atmósfera.

Justo antes de la muerte de Kitchu llegó Gato, de esos perros pequeños de pelo negro, con dos puntos cafés sobre sus ojos que parecen lágrimas invertidas. Kitchu y él nunca se quisieron. Luego de la muerte de Kitchu, Gato se apoderó de la casa y con apenas tal vez 26 centímetros de altura estuvo involucrado en intensas peleas con perros a los que no les llegaba ni a las rodillas, peleas de las que tenía que rescatarlo antes de que fuera asesinado. Gato es un perro enamorado, ingenuo, angustiado y suicida.

En realidad, yo no tenía más de 12 años cuando le puse ese ridículo nombre que ha tenido que soportar hasta hoy y que tendrá hasta el día en que se convierta en tierra. Él aprendió a golpear las puertas de la casa cuando quería entrar, yo aprendí a abrirle esas puertas. Gato y yo también vivimos junto a Cliforeta. Una perra a la que se le podría llamar labrador, pero no era amarilla, era completamente café, cada pelo de los 2 millones que tenía Cliforeta era absolutamente café y cuando los rayos del sol se chocaban contra estos, se desviaban, esa luz se reflejaba en tus ojos con tanta intensidad que te enceguecía. Cliforeta brillaba.

Una vez tú y yo no nos alcanzamos a ver los rostros por ese reflejo que generaba el pelo de Cliforeta y una luz led de esas que hay en las veterinarias.

Dicen que sus antepasados andaban en barco y ayudaban a mis antepasados en la pesca. Sueño con aquellos perros que observaban el vacío, flotando desde un bote mientras las luces de la ciudad se desvanecían lentamente tras ellos e intentaban halar nadando esas largas y pesadas redes de pesca. Le digo a Cliforeta que proviene de un lugar desde donde se puede ver el fin de una catástrofe y el inicio de otra, y de cómo a veces pareciera estuviéramos juntos perdidos en el mar. Mientras le digo eso, solo nos volvemos 10 segundos más viejos. La adoptamos, sufrió un accidente y tenía sus dos patas traseras paralizadas, Gato amaba a Cliforeta y Cliforeta amaba a Gato. Ella murió hace no más de 3 años, dicen que en realidad primero su nombre fue Cliford, luego se dieron cuenta que era hembra y se lo cambiaron a Cliforeta. Creo que Gato lloró como si se le hubiera acabado el mundo cuando murió su amada Cliforeta, pero lo ocultó por vergüenza.

Niki, Kitchu, Cliforeta, Gato y yo practicamos un lenguaje que no es español ni ningún otro idioma, un lenguaje que ninguno de nosotros entiende del todo. Cada uno de ellos siempre será irremplazable para mí.

Sueño, que la primera partícula expulsada en el Big Bang quería ser un lobo que se transformaría en perro. Sueño que soy Rómulo y Remo.

Estos perros han sido mis compañeros y yo he sido su compañero, vivieron junto a mí y algunos ya murieron junto a mí y yo sé que en el futuro yo moriré junto a ellos, como un pirata junto a su loro o un vaquero junto a su caballo.

Recuerdo cuando mi mamá me decía que máquinas como un magneto o una luz infrarroja podían hacer caminar a un animal de nuevo y me decía que en tratamientos de fisioterapia estos aparatos debían ser amarrados al animal. Debían pasar tiempo juntos, debían abrazarse. Un abrazo incómodo que te hace caminar, parece el sueño de un robot, le decía yo. Un sueño de un robot que sucede a millones de años luz de donde yo me encuentro, un sueño de un robot que nunca podré entender porque no soy un robot. Mientras mi mamá me explica cómo funciona la velocidad de la luz, yo solo finjo que le entiendo.

Si Gato algún día pierde su pierna daría todo lo que tengo por darle una pierna robot.

Sueño que llegué a olvidar cómo luce el planeta Tierra por fuera, sueño que no existen más naves espaciales, pantallas y satélites, pasó tanto tiempo que no sé que el planeta es esférico, que es un granito que gira y gira, mientras va cayendo en un universo infinito en constante expansión, rodeado de ruido blanco y solo sé que existe el ruido blanco, porque son las únicas frecuencias que logra captar el radio que tengo a mi lado. Frecuencias por las cuales trato de enviar esta señal en donde solo lloro como un amante desesperado esperando una ruidosa respuesta de amor. Una señal que tal vez solo se pierda en el vacío, una señal que si es encontrada tal vez llegue a alguien que no entienda español, una señal que si es encontrada sé, que ya estaré muerto, ya seré una partícula de tierra. Y pienso en qué pasará cuando ya nadie recuerde el tono de mi voz.

Sueño que sé cómo los perros y los organismos unicelulares imaginan cómo se ve el planeta desde afuera.

Quisiera saber qué pasaría si Kudriavka<sup>6</sup> nunca hubiera salido de la Tierra.

Sueño en los perros y caballos que fueron obligados a ir a la guerra y en los que ni siquiera saben que existe.

Sueño con un lugar en donde no entra la luz del sol por la ventana porque ya no existe el sol. Una arveja, una piedra y un celular sin cargador. La linterna del celular encendida gastando su último respiro para iluminar la arveja enamorada, que crece y existe hasta que la batería del celular se acaba. Un par de amantes suicidas soñando por un momento que son Romeo y Julieta o tal vez, solo su copia barata.

Se sabe que las polillas reaccionan a la luz, les atrae, pero no se sabe muy bien por qué, una de las teorías apunta a que deben viajar en línea recta y para esto se guían con la luz de la luna, al ver otra luz similar se confunden pensando que es la de este satélite y se dirigen hacia la luz repetidamente, golpeándose contra el bombillo con tan obstinada obsesión que usualmente terminan muertas. Después de todo admiro a la polilla, capaz de morir por su obsesión, dispuesta a hacer lo que yo no, dispuesta a perder.

Recuerdo el olor de tu sonrisa cuando pasamos todas esas tardes juntos con nuestros amigos jugando X box sin parar, mientras escuchábamos una canción<sup>7</sup>, sobre cómo en un clima perfecto encontraríamos un lugar juntos, del amor de una marciana, de cómo esperaríamos por un meteoro que abriría una puerta, de un romance inocente, de cómo colisionamos, de cómo perdimos lo que amábamos y de cómo lloraríamos el futuro. Creyendo que perdíamos el tiempo después de haber sido despedidos del trabajo que de todas formas no queríamos pero que necesitábamos, tal vez estuvimos en esa habitación durante el tiempo que demora una estrella en hacerse pedazos, lo que tarda un planeta en crearse, lo que tarda un cristal de sal en formarse en las profundidades, el tiempo que le toma a una mariposa ir desde Canadá a México y luego volver, lo que tardan dos protones en colisionar viajando casi a la velocidad de la luz, el tiempo que nos toma saber que existen mariposas en todo el planeta menos en la Antártida, lo que dura una estrella brillando

después de muerta, lo que dura el último rayo de luz de una supernova, lo que tardan los rayos del sol en atravesar la atmósfera y desviarse en el pelo de Cliforeta o lo que duró nuestro primer beso. Por un momento olvidamos lo inevitable.

Quisiera contarte de la vez que me fui a vivir muy lejos de mis mejores amigos.

Nos conectábamos en la computadora para hablar y jugar videojuegos desde las seis de la tarde hasta las cuatro de la mañana.

Todos los días.

Yo les hablaba de la vez que sentí el calor de tu mano en la mía, mientras mi abuela hacía galletas y al mismo tiempo copiaba a Leonardo Da Vinci.

Y en ese momento, mientras les contaba sobre tu mano, en ese mismo instante, alguien en algún lugar del mundo, dejaba de prestar atención a su clase para hablar con su mejor amiga de lo más importante que le había pasado, en ese mismo momento, cuando jinetes y caballos movían exactamente los mismos músculos del cuerpo, Bruto apuñalaba a César y Romeo y Julieta tenían sexo a escondidas, mientras unos simios se besaban frente a todos y Cristóbal Colón descubría lo que ya estaba inventado, en ese mismo momento, en el que empezaba la vida en algún lugar del mar y Frankenstein se enamoraba, mientras alguien estaba haciendo reír al amor de su vida y en algún lugar, alguien más, le hacía una pierna robot a su perro, por amor, cuando en la televisión pasaban en cámara lenta a dos luchadoras, tan despacio, que no se sabía si estaban luchando o si en realidad solo se abrazaban y en el otro canal un atleta dudaba de hacer un lanzamiento que ha practicado millones de veces por miedo a perder, en ese mismo momento, cuando un perro estaba recibiendo tratamiento para el cáncer alguien dejaba de hablar para siempre con el amor de su vida y un piano sonaba de fondo.

A esa misma hora, en algún lugar, hay un mastodonte que se conmueve viendo flores y una adolescente canta su canción favorita que no le pertenece, cuando al mismo minuto y segundo, en una pintura, dos colores se encuentran y se vuelven otro, alguien pierde entre palabras aburridas su palabra favorita, alguien se vuelve a equivocar y un perro queda congelado en Siberia, todo en el mismo momento, cuando el olor de fruta amarga llena un palacio mientras mi cuerpo en algún lugar se pudre y pulgas muerden la piel de alguien que finge hablar por teléfono mientras habla con sus mejores amigos y ellos lo escuchan

tiernamente contar de la vez que sintió el calor de una mano y entonces ya no se sabe qué fue primero, si la primera rueda o la última nave espacial.

Pienso mucho en el futuro. Es algo que me angustia. Lo relaciono con la muerte, no sólo mi muerte, la de los otros también y me hace pensar en todo lo que puedo perder. Pienso en todo lo que parece acaba pero en realidad continúa, el final de este pedazo del infinito, esa sensación de perderlo todo, de dejarlo todo para después, en lo que dejaremos sin responder porque nunca encontramos la respuesta, en los que encontrarán esas preguntas y las responderán, en lo poco que les dejamos, en que nunca conocerán nuestro llanto, ni nosotros el suyo. En cómo les dejo los restos de mi relación con otros, mis momentos más preciados, mientras tratábamos de entendernos.

Le digo a Gato que soy capaz de morir por él y él me dice que es capaz de morir por mí, como Aquiles vengando a su amado Patroclo, pero acá los dos somos Aquiles pensando que el otro es Patroclo.

Me pregunto qué pensarán las bacterias que encuentren los huesos de Gato y su pierna robot aún funcional en el futuro.

Esta señal que estoy enviando son cartas de amor, abandonadas, dejadas a la deriva, esperando algún día ser descubiertas, construidas al creer que pronto llegaría una gran catástrofe que lo cambiaría todo. Cartas sobre la escena final de una película triste, acerca de un universo catastrófico, de los accidentes que unen las cosas, de cómo somos un híbrido entre lo orgánico y lo sintético, de todas esas coincidencias que pueden llevar a que la muerte de un mamut me permita conocer el amor de mi vida, o de cómo al ser inventada una rueda hace tres millones de años ahora deba usar un celular para mostrar mis sentimientos, tal vez de como el momento en el que dos monstruos se toman de la mano desencadena en mi nacimiento o de como la muerte del amor de mi vida puede llevar a que 10 millones de años después se evapore el agua por última vez, señales acerca del comienzo de un amor, de su pérdida, de cómo alguna vez coincidimos en un pedazo de la eternidad que nunca recuperaremos.

Imagino a todos los que están involucrados en mis momentos de amor, desde el Big Bang hasta miles de años después de mi muerte, trato de pensar en todo lo que se tiene que unir para que suceda la catástrofe del amor y la catástrofe de su pérdida. Estas cartas de amor



son un lugar propicio para el llanto, el llanto que produce eso que para mí es lo único valioso en un mundo lleno de remordimiento y una terrible soledad, el amor que por momentos experimentamos como si fuéramos adolescentes ingenuos y enamorados. Y la pérdida de ese amor.

Porque al final, estoy convencido de eso, de que un momento intenso de amor vale más que la vida entera y espero no haberme dado cuenta demasiado tarde.

Y son esos momentos a los que me quiero abandonar por completo.

Ya no quiero ganar, ya no necesito la eternidad.

Y sin embargo, son esos momentos los que quiero que se queden en mi mente para siempre y se repitan, en lo profundo de mi corazón. Quiero tener ese sueño de nuevo.

Estamos viviendo entre ruinas y en realidad me gustaría dejar estas cartas para que sean encontradas, cuando nuestra existencia solo sea evidenciada por los restos de los encuentros que alguna vez tuvimos, por eso que no ha terminado de desaparecer, por lo que le alcanzamos a dejar a los que vendrán después.

Esta es esa parte de la película, justo antes de que aparezcan los créditos con una canción de fondo similar a las de Jacques Brel<sup>8</sup>, como si pudiera ver esos momentos de amor segundos antes de perderlos para siempre, una última mirada a lo más valioso que tengo.

Como si pudiera ver lo que los dinosaurios vieron, segundos antes de que cayera el meteorito. Sueño con lo que pensaron los que lo veían caer y los que estaban ocupados enamorándose y no lo vieron venir. Cuando muchas veces se creyeron eternos.

Pero en realidad esto es el intermedio, no el fin de la película; un intermedio corto para estirar las piernas, hablar de lo que pasó, ir al baño y llorar en silencio mientras animales hacen el amor y después seguir. Esta es la película, que parece videojuego pero que en realidad son cartas de amor.

Y entonces las hago cuando lo único que puedo hacer es llorar. Para mí son como un último beso, hechas al darme cuenta que el existir de los neutrones, protones y electrones es una

gran catástrofe, cartas de amor sobre un universo en donde lo orgánico y lo sintético colisionan entre sí como todos los que vivimos en él.

Cartas en donde trato de entender qué es eso que me une a los demás y es ahí, entre sueños rotos y promesas sin cumplir que tatúan el fracaso en donde imagino todos los accidentes que me llevan al amor y después a su pérdida.

Esta es mi teoría conspirativa del amor, ése es el único punto de partida y de llegada, el amor es el fin.

Quiero buscar qué es todo lo que se une en una historia de amor para saber qué es todo lo que algún día puedo llegar a perder.

Estas son las cartas de amor que dejo para el futuro, para aquellos a los que no les voy a conocer su voz o su rostro, su angustia cursi. Ahí hago mi duelo.

La catástrofe me permite ver qué es lo que verdaderamente importa y me da una segunda oportunidad para estar cada vez, menos solo.

Estas son las cartas de amor después de la catástrofe. Cartas despedazadas como sueños rotos.

Lo que me interesa son los vínculos, cómo aparecen, se degradan y se pierden como todas las cosas y lo valiosos que pueden llegar a ser.

No quiero hacer nada que no sea buscar el amor.

Y espero que me creas, que yo de verdad pienso que deberíamos hacer el duelo de lo que perdemos, de nuestros fracasos, de todo eso que no podemos cambiar, lo que no podemos revertir, llorar todo lo que podamos para después poder continuar, aceptar nuestros errores, esas mentiras que nos decimos a nosotros mismos, para poder buscar con más cuidado, una mejor catástrofe.

Necesito llorar para entender lo que ha pasado, para pensar en lo que podría pasar.

Me gustaría contarte que creo en esa película; que decía que lo más importante es el amor y que lo perdemos y que el amor crece amando. ¿Si era esa película? ¿Te acuerdas bien de quién era?<sup>9</sup>

También quiero decirte que algunas partes las robé de un poema que un día me prestaron<sup>10</sup>, pero que aun así, aunque esto no sea del todo mío, lo siento como mío.

Como esos covers que hacen los adolescentes, ingenuos y enamorados.

Esto es un cover.

Pero de un poema.

Pero no solo de un poema, de muchos, robo mucho de Bam Margera<sup>11</sup>, Sebastián Villar Rojas<sup>12</sup>, Red Hot Chilli Peppers<sup>13</sup>, John Frusciante<sup>14</sup>, Wong Kar Wai<sup>15</sup>, Liliana Porter<sup>16</sup>, Sebastián Gordín<sup>17</sup>, Catalina León<sup>18</sup>, Ícaro Zorbar<sup>19</sup>, Andrei Tarkovsky<sup>20</sup>, Alejandra Pizarnik<sup>21</sup>, Jonas Mekas<sup>22</sup>, Mariana Telleria<sup>23</sup>, Slavoj Zizek<sup>24</sup>, Gabriel García Márquez<sup>25</sup>, Adrián Villar Rojas<sup>26</sup>, Ville Valo<sup>27</sup>, Chuck Palahniuck<sup>28</sup>, Donna Haraway<sup>29</sup>, Mark Rothko<sup>30</sup>, Marcel Duchamp<sup>31</sup> y de muchos más, de los cuales no sé su nombre porque mi inconsciente aún no me los ha dicho. No lo puedo evitar, yo simplemente no lo puedo evitar, tengo que hacer este cover. Cuando veo lo que hacen, me siento como cuando veo todas las estrellas que existen en el cielo o en el cuerpo de un calamar. Y ya no sé si soy yo el que los está soñando a ellos o si son ellos los que me sueñan a mí.

Sueño con las lágrimas de un monstruo de Frankenstein, al arrepentirse el segundo después de haberse creído capaz de perderlo todo, mientras escucha el canto del último megaterio enamorado.

Un megaterio enamorado, que alguna vez creyó ver una estrella fugaz, esperando que le hiciera realidad todos sus sueños pero que en realidad era una nave espacial cayendo hacia el borde del océano, suicidándose al no haber podido llegar al cielo a la velocidad de la luz, estrellándose mientras imaginaba que seguía subiendo.

Pienso en la última mirada que tuvimos mientras nos burlábamos de las catástrofes y en el accidente de aquel megaterio, nos preguntábamos también qué sería de las canciones de Red Hot Chilli Peppers y los Rothkos que tanto nos gustaban cuando ya no existiéramos y de cuanto los extrañaríamos. De mi perro Gato, de si recordaría mi voz, si es que alguna vez la reconoció, como yo la suya, o, de las mariposas que se posan sobre una torre Eiffel en llamas, una torre que continúa emitiendo una frecuencia radial con un mensaje esperanzador. Y ya no tiene sentido preguntarnos quién ganará o quién morirá primero, Gato, tú o yo, no podremos olvidar esa vez que vivimos juntos. Esas ruinas quedarán para nuestros herederos cuando ya los tres estemos muertos y no recordemos todas esas horas que pasamos juntos en esas inmensas autopistas estancadas.

A millones de años luz tal vez me seguiré preguntando por esa enorme deuda que dejé, al involucrar a otros en los sueños que no pude cumplir, y si en algún momento pude haberte pedido disculpas por permitir que todo esto sucediera y por no habernos amado lo suficiente, el fin del mundo no es cuando yo me muera. A 4 años luz todavía te amo.

Sueño con todo lo que pasa a mi alrededor y no me doy cuenta. Mientras veo el Tour de Francia en la tv con mi papá. Mientras me cuenta como él se siente más comprendido por los perros que por los humanos. Mientras Gato se fija en el amanecer y las tormentas eléctricas por la ventana. Y lloro mientras cientos de piernas pedalean ignorando el cansancio.

En algún momento lo voy a perder todo y no puedo dejar de pensar en todo lo que le debo a otros y en lo poco que les he dado. Pienso en la última vez que jugué con mi perro, de las veces que peleamos y de las que no, de la ropa sintética que usé, de los mamuts que tuvieron que ser cazados para que yo existiera, del papel que usé, del pan, leche y frutas de las que me alimenté, de las hormigas que pisé por no estar atento, del olor de mi perro después de una lluvia atormentada, de todos los zancudos que han muerto intentando alimentarse, de la abeja que alguna vez me picó al verme como una amenaza suicidándose en mi brazo, de todos los años que creíamos habíamos desperdiciado, de la madre que Gato nunca conoció, del último beso que me dio mi mamá, de la vez que te solté la mano porque

mi casa quedaba lejos de la tuya, y no devolví tu llamada porque tenía cosas más importantes que hacer, de todas las veces que no te dije te amo, de la vez que te hice llorar y de como nunca nos entendimos.

Cuando muera imagino que despertaré de un sueño con la misma sensación que experimento cuando me enamoro perdidamente de alguien, imagino que despierto y estoy solo y ya no soy un humano. Y se acaba así para siempre el sueño que tuvimos juntos.

Te extrañaré cuando yo esté muerto. Pienso en esto y no puedo hacer más que sentarme y llorar.

Te amé.





## Anotaciones

1. La canción se llama *For You*. La hizo Ville Valo en Helsinki, Finlandia en 1997. La hizo mientras estaba en la banda HIM y sale en el álbum *Greatest Lovesongs Vol. 666*.
2. Para mí la catástrofe es eso que sucede que no pasa desapercibido, lo que te cambia completamente la manera de ver el mundo, lo que te interrumpe y crea un desbalance cósmico, lo que hace que no puedas vivir como lo hacías antes, como conocer a alguien, como el amor, como su pérdida.
3. Me lo dijo Donna Haraway en su libro *When Species Meet* del 2008. Fue publicado en la editorial University of Minnesota Press, en Minneapolis, Estados Unidos.
4. Una vez leí una entrevista, en donde Adrián Villar Rojas decía que para él, el fin del amor era lo mismo que el fin del mundo y que no estaba preparado para perder nada, eso se me quedó grabado.
5. El nombre completo de la serie es *La Femme Nikita*. La produjo Joel Surnow en Canadá entre 1997 y 2001. A mi papá le gustaba mucho.
6. Fue una perra enviada al espacio en la nave Sputnik-2 en 1957, fue el primer animal en morir en órbita, también es conocida como Laika.
7. La canción es *Death of a Martian*. La hicieron los Red Hot Chilli Peppers en Los Ángeles, California, Estados Unidos, en 2006. La canción hace parte del álbum *Stadium Arcadium*.
8. Jacques Romain Georges Brel fue cantante, nació en Schaerbeek, Bélgica en 1929 y murió en 1978.

9. La película es *As I Was Moving Ahead Occasionally I Saw Brief Glimpses of Beauty*. La dirigió Jonas Mekas, fue hecha en Estados Unidos en el 2000.
10. El poema es el libro *La flecha de la nostalgia*. Lo escribió Sebastián Villar Rojas en 2017. Fue publicado por la editorial Denise Labouche Éditions.
11. Bam Margera es skater profesional, hizo parte de Jackass e hizo todas las películas CKY de la 1 a la 4, nació en West Chester, Estados Unidos en 1979.
12. Sebastián Villar Rojas es escritor y director de teatro, nació en Rosario, Argentina, en 1981.
13. Red Hot Chilli Peppers es una banda de funk rock, actualmente sus integrantes son: Anthony Kiedis, John Frusciante, Flea y Chad Smith, fue formada en Los Ángeles, Estados Unidos en 1983.
14. John Frusciante es músico, nació en Nueva York, Estados Unidos, en 1970.
15. Wong Kar Wai, es director de cine, nació en Shanghái, China en 1958.
16. Liliana Porter es artista visual, nació en Buenos Aires, Argentina en 1941.
17. Sebastián Gordín es artista visual, nació en Buenos Aires, Argentina en 1969.
18. Catalina León es artista visual, nació en Buenos Aires, Argentina en 1981.
19. Ícaro Zorbar, es artista visual, nació en Bogotá, Colombia en 1977.
20. Andrei Tarkovsky, fue director de cine, nació en Zavrzhye, Unión Soviética en 1932 y murió en 1986.



21. Alejandra Pizarnik fue escritora, nació en Avellaneda, Argentina en 1936 y murió en 1972.
22. Jonas Mekas fue un director de cine, nació en Birzai, Lituania en 1922 y murió en 2019.
23. Mariana Telleria es artista visual, nació en Rufino, Santa Fe, Argentina en 1979.
24. Slavoj Zizek es filósofo, nació en Liubliana, Eslovenia en 1949.
25. Gabriel García Márquez era escritor, nació en Aracataca, Colombia en 1927 y murió en 2014.
26. Adrián Villar Rojas es artista visual, nació en Rosario, Argentina en 1980.
27. Ville Valo es cantante, nació en Helsinki, Finlandia en 1976.
28. Chuck Palahniuk es escritor, nació en Pasco, Washington, Estados Unidos en 1962.
29. Donna Haraway es escritora y bióloga, nació en Denver, Colorado, Estados Unidos en 1944.
30. Mark Rothko era pintor, nació en Daugavpils, Letonia en 1903 y murió en 1970.
31. Marcel Duchamp era artista, nació en Blainville-Crevon, Alta Normandía en 1887 y murió en 1968.

Gracias a mi familia, mis amigos, mi novia y mis perros, me ayudaron mucho.

